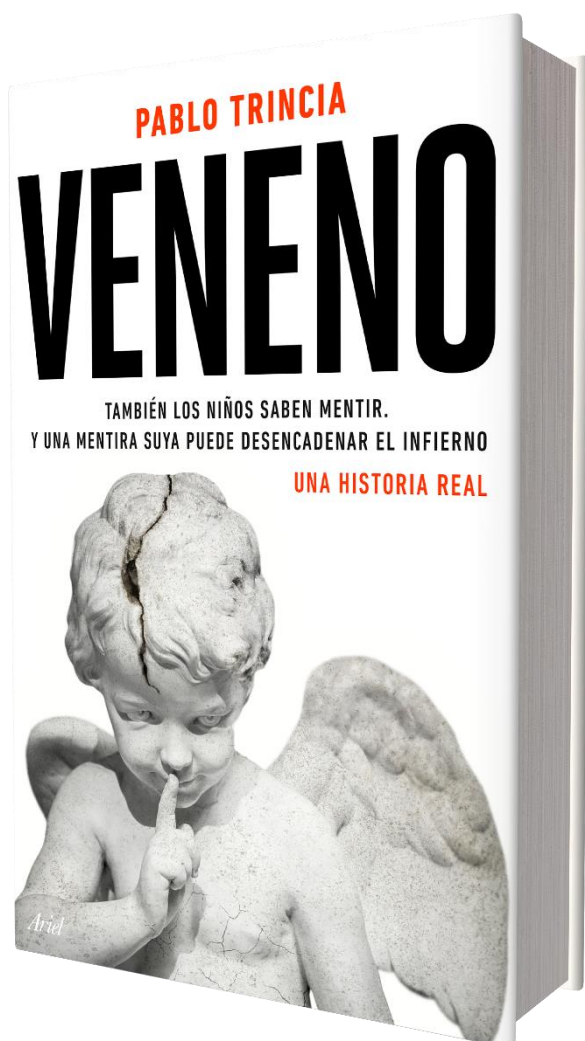


*Ariel*



**PABLO TRINCIA**

# **VENENO**

**También los niños saben mentir. Y una mentira suya puede desencadenar el infierno.**

**UNA HISTORIA REAL**

**A LA VENTA EL 3 DE MAYO**

**AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS**

\*Material embargado hasta su publicación

Para ampliar información, contactar con:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área Ensayo):

689 771 980 / [easpas@planeta.es](mailto:easpas@planeta.es)

## SINOPSIS

A finales de los noventa, en dos pequeños pueblos de la región italiana de la Bassa Modenese, los servicios sociales separaron a dieciséis niños de sus familias y los enviaron a otros lugares del país. Los padres eran sospechosos de pertenecer a una secta de pedófilos satánicos que realizaban rituales nocturnos en el cementerio bajo supervisión de un cura católico muy querido por los habitantes de la zona. Son los mismos niños los que relataron a los psicólogos y asistentes sociales estas escenas horribles y atroces. La red de monstruos que describieron implicaba a madres, padres, hermanos, tíos y conocidos, pero lo cierto es no hay ni un testimonio de una persona adulta. Nadie ha visto ni oído nada. ¿Es posible que en este rincón del mundo se imponga una ley del silencio tan profunda y eficaz?

La realidad de los hechos emergerá bajo una luz nueva, más escalofriante que la anterior. Sin embargo, para muchos será demasiado tarde, aunque alguno de ellos tendrá una nueva oportunidad.

*"Cuando me acerqué a esta historia para realizar una investigación periodística no tenía ni idea de cómo me habría de afectar profesional y emocionalmente. Me laceró, me indignó y me asustó. Me mostró la existencia de un mundo al revés, sin puntos de referencia. Me empujó a reflexiones profundas y a cuestionar certezas que daba por sentadas, como la fiabilidad de nuestra memoria y la solidez de nuestros lazos familiares." Pablo Trincia, autor de Veneno*

## EL AUTOR

**Pablo Trincia** trabaja como enviado especial y reportero para prensa, televisión e internet. En 2017 escribió el podcast Veleno junto a Alessia Rafanelli, un reportaje de investigación en formato audioserie y publicado en la Repubblica que alcanzó un gran éxito y sirvió para reabrir el caso de los Demonios de la Bassa Modenese, uno de los más oscuros y controvertidos de la crónica judicial italiana. Veneno fue su primer libro, basado en esta historia. Posteriormente ha publicado Romanzo de un naufragio, sobre el hundimiento del crucero Costa Concordia.



# EXTRACTOS DE LA OBRA

## PRIMERA PARTE. EL CONTAGIO

Tenía que empezar de nuevo desde alguna parte. Enamorarme de una historia que diera sentido a las cosas. Me sumergiría en ella y me dejaría llevar por la corriente. Entonces, una tarde que estaba con Luca, un amigo director de radio, me llamó para que viera una cosa en el ordenador: «Vente un minuto, mira este artículo».

El reportaje contaba la historia de Lorena Morselli, una maestra de jardín de infancia de Massa Finalese, en la provincia de Módena, que había vivido **un interminable proceso judicial, acusada de abusos, rituales satánicos y violencia sexual contra sus cuatro hijos, a los que no había vuelto a ver desde que eran pequeños**. Su historia era espeluznante. En la madrugada del 12 de noviembre de 1998, la policía se presentó en la casa donde vivía junto a su marido Delfino Covezzi con una orden de alejamiento de sus hijos emitida por el Juzgado de Menores de Bolonia: **una sobrina de ocho años atendida por los Servicios Sociales los acusaba de ser cómplices de una secta de depravados asesinos** que llevaban a los niños de Massa a los cementerios de la zona por la noche para violarlos, venderlos a una banda de pederastas y hacerlos participar en sacrificios humanos.

[...] Yo no sabía si creerle o no. La de Lorena era una historia repleta de lagunas y de lados oscuros. **¿Por qué sus hijos habían contado aquellas cosas sobre ella? Estaba confundido, tanto como periodista como en mi condición de padre. Lorena me explicó que habían sido las psicólogas quienes les habían metido esas historias en la cabeza a los niños, pilotándolos contra sus padres.**

—Los Servicios Sociales no solo se llevaron a mis hijos — me dijo—. Entre 1997 y 1998, en los dos pueblos de Massa Finalese y Mirandola, alejaron de sus padres a catorce... no, disculpa... quince... o más bien dieciséis, todos de **familias acusadas de las mismas cosas**.

La impresión que me dio, hablando con los pocos que accedieron a atenderme, fue que por alguna oscura razón nadie quería volver a meter las narices en aquella historia. Era una experiencia concluida ya, que había que olvidar. **«¿Podría haber algo de verdad en los relatos de todos esos niños?», era la pregunta que repetía. La respuesta más frecuente era: «Podría ser, pero mi cliente no tiene nada que ver», o «A estas alturas es imposible saberlo».**

Todos sabían quiénes eran los cónyuges Covezzi y alguien incluso recordó que acabó involucrado un cura de la zona, «un tal padre Giorgio», pero poco más. **Me costaba creer que una historia tan engorrosa para un pueblecito de cuatro mil almas hubiera terminado en el olvido.** ¿De verdad no se acordaban? ¿O se hacían los locos y no querían hablar del asunto? Lo evidente era que aquello no iba a resultar fácil.

Cuando Romano Galliera llegó a Massa Finalese en la segunda mitad de los años setenta, la pedanía, por pequeña que fuera, ofrecía bastantes oportunidades. [...] Era un hombre taciturno y reservado. Blasfemaba menos que la media. No bebía. Fumaba, eso sí. Uno detrás de otro, sin filtro. La vida misma era como un cigarrillo para él. La consumía toda de una vez, sin guardarse nada. No le interesaba el trabajo fijo ni la estabilidad. No construía,

no planeaba y nunca ahorra nada. Lo que tenía se lo gastaba. [...] Fue durante ese peregrinaje cuando Romano le echó el ojo a Adriana Ponzetto, una chica originaria de Friuli, de pelo castaño claro, ojos grandes y una mandíbula ligeramente descentrada, que le torcía marcadamente la boca hacia la izquierda. Les separaban quince años de edad. [...] La llegada de los niños no había cambiado al Galliera. Continuaba trabajando poco y viviendo al día. Su familia vivía en un piso minúsculo en el número 133 de via per Modena, junto a la carretera que une Finale y Massa Finalese. **Los cuatro compartían una sola habitación, siempre peligrosamente en equilibrio sobre la línea que separa la indigencia del hambre de verdad.**

[...] Hasta la fatídica mañana del lunes 27 de septiembre de 1993, cuando los alguaciles se presentaron en la puerta con una **orden ejecutiva de desahucio**. A Romano y a su familia apenas le quedaron unas horas para recoger sus pertenencias y abandonar inmediatamente el piso [...] Luego Romano **tomó de la mano al pequeño Dario y cruzaron juntos la calle**, presentándose en la verja del chalecito amarillo donde vivían **sus vecinos Oddina** y Silvio, que tanto los habían ayudado.

El niño se repuso completamente y estaba feliz. Su padre y su madre iban todos los días a verlo e incluso la adaptación al jardín de infancia fue un éxito. **Los Servicios Sociales de Mirandola no tardaron en enterarse de ese alojamiento temporal** y un responsable solicitó una reunión con Oddina. Le propuso que se uniera al programa y se convirtiera a todos los efectos en madre de acogida del niño. Oddina se opuso firmemente. No necesitaba el dinero y no quería entrar en ningún programa. La trabajadora social insistió, pero la mujer se mostró categórica. **Dario era el hijo de sus vecinos y ella le daría una cama y tres comidas calientes hasta que tuvieran el grado necesario de autosuficiencia para llevárselo con ellos.** En el campo se hacía así desde la noche de los tiempos. Final de la historia.

Una mujer se presentó como trabajadora social de Mirandola. Estaba allí por el niño. Acababan de encontrarle **un nuevo alojamiento en una estructura regentada por unas monjas en Reggio Emilia**, donde le esperaban desde esa misma mañana.

**Un año después de que lo alejaran de su familia, hacia finales de 1994, una joven psicóloga en prácticas llegó al Cenáculo Franciscano. Tenía veintiséis años. Se llamaba Valeria Donati.** Hacía unos meses había comenzado a colaborar con los Servicios Sociales y una de sus primeras tareas fue precisamente encontrar una familia dispuesta a acoger al tercer hijo de la familia Galliera. Su primer encuentro fue bastante corto y Donati no tuvo oportunidad de hacer un diagnóstico, pero su impresión fue de inmediato la de tener ante ella un **niño con bastantes carencias afectivas**. Por otro lado, ese era el campo en el que se estaba especializando.

Durante la clase lo había llamado al escritorio para corregir juntos unos ejercicios, y Dario le había hablado casualmente sobre un episodio ocurrido durante uno de los regresos a su familia natural, cuando **su hermano mayor Igor le había hecho «unas bromas bajo las sábanas» a su hermana Barbara que lo habían asustado**. Alarmada, la señora Tonini había asustado al niño a preguntas. [...] Entonces Tonini llamó de inmediato a la profesional que la había elegido como madre del pequeño: Valeria Donati. **Durante tres meses, la psicóloga lo recibió hasta dos veces por semana, y cuando regresaba a casa la madre adoptiva lo asediaba a fuerza de preguntas.**

El niño se había abierto por fin y le había contado que lo obligaban a mantener **relaciones sexuales orales**, lo que parecía explicar la presencia de herpes en sus labios, a las que siguieron actos de **intimidación y amenazas**. Y unos días después, he aquí **un detalle nuevo e inquietante. Su padre, Romano, y su madre, Adriana. Ellos también habían abusado de él.**

Valeria Donati y los responsables de los Servicios Sociales de Mirandola se pusieron inmediatamente en contacto con la Fiscalía de Módena, quien envió a un joven fiscal de treinta y un años, Andrea Claudiani, para investigar el caso. [...] El 17 de mayo, **un convoy de coches patrulla cruzó a toda velocidad la campiña en busca de Romano, Adriana e Igor Galliera.**

En silencio, los coches patrulla de la policía bloquearon los dos lados de la pequeña vía Milazzo en Mirandola, al tiempo que algunos agentes cruzaban el patio del edificio rojo del número 15, presionando con insistencia el botón del telefonillo en el que estaba escrito «Scotta». Eran las 4:30 de la madrugada del 7 de julio. [...] —Los señores **Federico Scotta y Kaempet Lamhab**, ¿verdad? Tenemos que registrar la casa. Traemos una **orden judicial**.

A la **misma hora**, en el quinto piso de un enorme edificio de ladrillo rojo no muy lejos de allí, **Francesca**, una mujer de cuarenta y cuatro años, **presenciaba la misma escena en su casa** entre lágrimas. Era amiga de los Scotta. Los policías se habían presentado en su casa y le habían pedido que despertara a su hija Marta, de ocho años, y le preparase una mochila con una muda. No habían añadido nada más.

Mientras tanto, en la casa de la familia Scotta, desde un cuartito llegó un gemido. La pequeña Elisa, de tres años, se había despertado ante tanto estruendo y empezó a llorar. Nick, el hermanito de unos meses, seguía durmiendo. **Los agentes pidieron a la pareja que preparara a los niños.** [...] Una vez que entraron en el despacho, la pareja se encontró frente al responsable de los Servicios Sociales de Mirandola. Un hombre de mediana estatura, bigote y canas: Marcello Burgoni. **El hombre tenía en sus manos un decreto de alejamiento de sus dos hijos a causa de lo que se definían como «graves indicios de maltrato».** **Dario, un niño de Massa Finalese, había dicho recientemente a las psicólogas de la Unidad Sanitaria Local que Scotta y su esposa Kaempet habían abusado de él y de sus hijos** en unos apartamentos entre Massa y Mirandola, junto con la familia Galliera. [...] Cuando por fin llegaron a la sala de espera para despedirse de los niños, la encontraron vacía. Se los había llevado un coche.

Dario, el niño de Massa Finalese que había acusado a los Scotta, también había mencionado los nombres de madre e hija. Francesca no se daba tregua. «Si no la devuelven, de mi casa saldrá un ataúd», no dejaba de repetir. [...] **Se pasaron el mes de julio yendo y viniendo entre la comisaría, las oficinas de los Servicios Sociales y el Juzgado de Menores de Bolonia**, como tres patéticos peregrinos, sucios, acalorados y exhaustos. Nadie quería escucharlos o recibirlos.

Solo pocos meses antes del alejamiento, los Servicios Sociales habían escrito un informe sobre Marta, describiéndola como una **niña muy bien atendida y muy apegada a su madre**, culpable quizá de ser aprensiva en exceso con ella. Su ausencia resultaba insoportable para

Francesca, quien se encontró completamente sola y abandonada hasta por las personas más cercanas.

El 23 de septiembre de 1997, Elisa y Marta fueron llevadas a Milán a ver a la **ginecóloga Cristina Maggioni y a su colega Maurizio Bruni para un reconocimiento**. La doctora Maggioni quedó muy impresionada por aquella niña castaña un poco tímida, que se sometió al examen sin pestañear, demostrando una disponibilidad decididamente fuera de lo normal para sus ocho años. [...] Cuando la tocaban para comprobar posibles lesiones, la pequeña parecía «en otra parte», casi «disociada». Para la doctora, esa era la **actitud típica de los niños que cargan con abusos muy graves**. [...] La exploración confirmó más tarde sus sospechas iniciales. La gravedad de los abusos sufridos por la niña superaba todos los parámetros que había encontrado hasta ese momento. Sin embargo, no era posible establecer con certeza el período en el que Marta había sufrido tal violencia.

A las dos de la tarde fue el teléfono de casa Scotta el que sonó. Federico, también bajo arresto domiciliario, no podía responder, por lo que Kaempet levantó el auricular y puso el altavoz. Francesca desvariaba. Parecía borracha. —**Os he querido mucho. Ya no puedo aguantar más. Intentad mantener la calma y defenderos como podáis**. Federico trató de decirle algo, pero ella ya había colgado. Temiendo lo peor, llamaron a la comisaría. Mientras tanto, Francesca tomó un trozo de papel y escribió: «Soy inocente. Solo quiero que me devuelvan a mi hija». [...] Presti y su colega abrieron la puerta de una patada y entraron, pero **Francesca ya se había dejado caer**. Unas horas más tarde, los médicos de Urgencias de Mirandola constataron su muerte.

Había pasado un año desde el primer relato de aquel episodio de las travesuras bajo las sábanas, once meses desde que Dario había visto a sus padres por última vez y ocho desde que los carabinieri habían rodeado su casa en Massa Finalese y los habían detenido junto con su hermano mayor Igor. Cuando se los llevaron, el 17 de mayo de 1997, todos lloraban. Los carabinieri, tras registrar la casa, habían encontrado y requisado algunas revistas pornográficas. Poco tiempo después **Igor había hecho una admisión parcial**, revelando su naturaleza morbosa y perversa. El niño no estaba mintiendo del todo, había declarado. Efectivamente, se habían *tocado* las partes íntimas uno al otro. Pero luego trató inmediatamente de hacer recaer la responsabilidad sobre su hermanito menor, alegando que fue él mismo quien le pidió que hiciera esas cosas. Más allá no había ido.

Sus padres, por el contrario, habían negado cualquier acusación, pero las palabras del hijo menor los habían puesto en un serio aprieto. En la primavera de 1997, **el niño parecía haber hecho acopio de valor, revelando otros episodios que habían tenido lugar fuera de la casa** de la familia Galliera. Y en los que también se vieron involucrados *otros* niños como él.

En el verano de 1997, apenas tres meses después de las revelaciones de Dario, **la red de pedófilos había alcanzado ya un diámetro de unos treinta kilómetros**: Massa, Bondeno, Mirandola. El 11 de julio [...] el niño se reunió en una sala de los Servicios Sociales con el juez de instrucción de Módena Alberto Zioldi, junto con Valeria Donati y una colega suya. Y con muchas dificultades pudo contarle también a él los abusos que había sufrido. A los pocos días se emitieron las ocho solicitudes de enjuiciamiento contra Romano, Adriana, Igor, Rosa,

Alfredone, los Scotta y la madre de Marta, Francesca. Esta última, sin embargo, se suicidaría en septiembre, dejando a los otros siete acusados a la espera del comienzo del juicio.

Un cementerio de noche. «Giorgio el alcalde» con la túnica. Algunos adultos a su alrededor. Romano, Adriana, Igor, Barbara, Federico, Francesca, Rosa, Ales el fotógrafo. Algunos de ellos llevaban máscaras de tigre, de pantera o de vampiro. **Estaban celebrando un rito**, un funeral o algo parecido. El caso es que **abrieron unos ataúdes, y encerraron dentro a los niños que estaban allí**: al propio Dario, a Elisa y a Marta, colocados cada uno en un féretro con una cruz encima. [...] El «alcalde Giorgio» se lo había anunciado solemnemente: los habían transformado en los hijos del diablo. Y luego hizo que los adultos presentes les dieran golpes y bastonazos. [...]

**El padre Giorgio Govoni era una auténtica institución en la Bassa de Módena.** Incluso los trabajadores de los Servicios Sociales lo conocían, porque ayudaba a la familia Galliera desde hacía tiempo, y fue él quien les había encontrado la casa rural en via Abba Motto después del desahucio. [...] Al principio Dario dijo que no lo conocía. Pero luego se corrigió a sí mismo. **Giorgio 1, el alcalde de la túnica, el sádico violador que dirigía el grupillo de pedófilos, era él, sin duda.** Era demasiado conocido, demasiado popular, **demasiado amado para que alguien pudiera dar crédito a esas odiosas insinuaciones.**

Después de las revelaciones del niño, los investigadores llevaban mucho tiempo esperando a que Marta revelara los secretos de esa oscura banda. El 31 de diciembre, **casi seis meses después del alejamiento, la pequeña había comenzado a hablar.** Y en enero de 1998 empezó el primero de una larga serie de juicios.

Cuando Lorena me abrió la puerta de su casa en Massa Finalese, me dio de inmediato la impresión de alguien jovial y muy amigable. Pelo corto, ojos celestes, ropa sobria, sin maquillaje. Una mujer devota de Dios. [...] Me recibieron también sus tres hermanos, Emidio, Giuliano y Giuseppe Morselli, **todos ellos con años de prisión a sus espaldas después de haber sido acusados de pedofilia por sus sobrinos.** También Enzo, el padre de Lorena, fue condenado, pero había fallecido unos años antes. Toda la familia se vio duramente afectada por ese asunto. Desde 1998, **seis sobrinos de la familia Morselli no habían vuelto a casa y Monica, una de las cuñadas de Lorena, había muerto en la cárcel.** Los tres hermanos de la mujer no habían llegado a recuperarse de esa experiencia.

Así, desafiando el viento y la lluvia cortante que se había abatido de repente sobre la llanura emiliana, nos dirigimos en coche a un oratorio cercano, hogar durante casi medio siglo del párroco de Finale Emilia: el padre Ettore Rovatti. Era un anciano de tono cordial, que **conocía este caso mejor que nadie**, porque lo había seguido desde el principio. **Ese encuentro supuso un auténtico punto de inflexión en mis indagaciones.** El padre Ettore era el archivo y la memoria histórica de los juicios y de todo lo que se había hecho, dicho y escrito al respecto. Estaba obsesionado por el caso y lo había estudiado en profundidad, después de haber recopilado *toda* la documentación posible.

En su opinión, **el alejamiento de dieciséis niños había sido el resultado de una cacería de brujas que no tenía nada que envidiar a las realizadas por la Inquisición** hace siglos, aunque con un objetivo diferente: demostrar que los valores que transmitía la más sagrada

institución cristiana — la familia— eran, con mucho, inferiores y menos efectivos que los que un niño podía obtener de una estructura estatal basada en criterios muy distintos.

[...] Aquí estaban los nombres, ahí estaban los lugares, ahí estaban las raíces del árbol, su tronco, sus ramas. Una tesis perfectamente desarrollada y bien discutida, sustentada en una documentación rica de referencias, que no dejaba lugar a digresiones, sino que — página tras página— se adhería a los hechos ocurridos y registrados. Un trabajo muy valioso, que sin embargo defendía una tesis muy clara: **el alejamiento de todos esos niños entre febrero de 1997 y noviembre de 1998 fue, según el padre Ettore Rovatti, la consecuencia de una serie de estrepitosos errores de valoración por parte de los Servicios Sociales y de los organismos de investigación**, asistidos por la psicóloga Valeria Donati y sus colegas. Según su versión, no era más que un increíble **caso de histeria colectiva provocada por la inexperiencia e impericia de profesionales** que, creyendo haber descubierto a un grupo de pederastas, habían destrozado familias enteras.

## SEGUNDA PARTE. EL MUNDO SUMERGIDO

Después de que la cárcel lo hubiera escupido en medio de la calle con quince kilos y varios dientes menos, deprimido y asustado, el destino burlón lo había metido en *esa* camioneta que se dirigía a *ese* pueblo y a *esa* farmacia. Scotta aparcó cerca de una avenida arbolada, cogió el paquete y entró. A esas horas de un domingo no había nadie en el local, salvo un chico con un chándal Nike azul. **Cuando sus ojos se encontraron, Scotta volvió a verse a sí mismo de joven. El hijo que había dejado en el cochecito de la comisaría** de Mirandola una mañana de hacía diecisiete años le sonreía desde detrás del mostrador, con el pelo negro cortado a cepillo y los ojos levemente almendrados heredados de su exmujer tailandesa, Kaempet. —¿Está el dueño? — preguntó Federico. —En este momento, no, pero soy su hijo, déjeme el paquete a mí — contestó el chico. Scotta sonrió, le dio las gracias y salió. Luego volvió a montarse en la camioneta, recorrió algunos centenares de metros, encontró un área de descanso aislada, **se detuvo y rompió a llorar, devastado por los sentimientos de culpa.**

Al colegio de jueces no le costó mucho comprender que **todos los acusados «perteneían a familias problemáticas con dificultades económicas, con profundas carencias atribuibles a contextos subculturales»**, lo que permitía «considerar a su cargo una no completa capacidad de evaluar su conducta de acuerdo con las normas de la vida civil».

[...] por ciertas cosas que Margherita había declarado se sospechaba que podría haber sido objeto de graves abusos, por más que todo estuviera **aún pendiente de ser comprobado.**

Hacia dos meses que — en secreto— los Servicios Sociales de Mirandola, el Juzgado de Menores de Bolonia y la Fiscalía de Módena seguían de cerca su caso. Todo había empezado a las 12:15 del 22 de enero de 1998, precisamente en el patio del colegio de Massa Finalese. Acababa de sonar el timbre y a la salida una profesora de III B fue abordada por una de las madres de la clase, Antonia, quien le pidió hablar con ella en privado de un asunto muy serio relacionado con **una amiga y compañera de clase de su hija.** [...] Tania había empezado a contarle a su madre que Margherita, cuando juntas, **hacía y decía cosas raras.** Tenía la costumbre de desnudar a Big Jim y a la Barbie y superponerlos en posiciones vulgares, emitiendo ruidos, usando un lenguaje que no era propio de una niña de nueve años. Había



llegado a decirle a su amiguita que había visto a uno de sus hermanos mayores practicando sexo oral con su novia.

Cuando, un mes después, Margherita desapareció literalmente del colegio, sus padres no relacionaron los dos episodios. En absoluto. Al principio, la familia Giacco estaba convencida de que alguien la había secuestrado. **No entendían quiénes eran esos asistentes sociales y esos psicólogos que les hablaban del alejamiento como medida de precaución** y convocaban a la madre y al padre que acudieran a encuentros semanales. Y sobre todo no entendían ese nuevo término que ahora estaba en boca de todos. *Petofonía. Pedofonía. Nunca habían oído hablar de aquello.* —Es cuando alguien viola a los niños — les explicaron. Santo Giacco seguía sin entender. —Yo creía que se llamaba *pervertío*.

Las **noticias de sucesos procedentes de Bélgica** en aquella época parecían dar la razón a esas sospechas. Apenas dos años antes, en febrero de 1996, sus habitantes se habían familiarizado con el rostro de Marc Dutroux, un criminal detenido junto a su mujer por violar a once niñas, cuatro de las cuales habían muerto. La historia del **monstruo de Marcinelle había dado la vuelta al mundo** y en los meses posteriores a su captura fueron aflorando detalles que conmocionaron a la opinión pública.

—Señor Morselli, tenemos que adelantar la reunión de mañana. Por favor venga con su hija esta misma mañana. Le estaremos esperando. Giuliano suspiró y llamó a su hija Cristina, una niña de ocho años, pelo castaño, frente muy alta y unas gafas grandes y redondas. —Vámonos, que nos están esperando en Mirandola. **La pequeña lo entendió todo de inmediato y, llorando, corrió a esconderse debajo de la cama en su habitación.**

El doctor Veronesi, quien la seguía en el programa de logopedia, notó de inmediato que **la familia de la que provenía la pequeña vivía en una situación de intenso malestar, tal vez a causa de la madre.** En su opinión, el nacimiento de su hermanito Riccardo y su constante necesidad de ayuda habían agravado el malestar de Cristina, que empezaba a **expresar su temor a no sentirse ya querida** por nadie y a no ser amada. Por ello, Veronesi suspendió el programa de logopedia y encomendó a la niña a una colega, Emma Avanzi, anotando en el expediente que la pequeña padecía un «importante **malestar psíquico de naturaleza depresiva** con vivencias de abandono y ansiedad generalizada».

Fue entonces cuando su padre pidió ayuda a su hermana mayor, Lorena. Era la segunda de los cinco hermanos Morselli. [...] Lorena siempre había sido la hija dominante: la que decidía, organizaba y los metía a todos en cintura — incluido al hijo mayor, Emidio— cuando mamá Lina y papá Enzo estaban en la fábrica o en el campo recogiendo fruta. [...] **Cuando supo que sus dos sobrinos estaban bajo la custodia de los Servicios Sociales, la hermana de Giuliano quedó devastada. ¿Qué derecho tenían a hacer tal cosa?** Tras unos días sin recibir noticias de Cristina, Lorena descolgó el auricular y llamó a las oficinas de Mirandola para pedir explicaciones. La conversación telefónica con la trabajadora social Odette Magri no condujo a nada en concreto. [...] Lorena se presentó en persona en las oficinas de la Unidad Sanitaria Local. Discutió. Se peleó. Pero no sirvió de nada. La niña había sido separada de su familia como resultado de sospechas de abusos que le había mencionado a la doctora Avanzi, por lo que era necesario esperar e investigar. **«Qué quiere usted, señora Morselli, los niños siempre dicen la verdad.»**

**El trabajo de Valeria Donati y de los investigadores empezaba a dar sus frutos.** Los nombres de los componentes de la banda iban saliendo a la luz, uno tras otro. [...] **Lo que aún faltaba, sin embargo, era la confirmación de los rituales satánicos** de los que Dario le había hablado a la psicóloga. Elisa Scotta era demasiado pequeña para poder ofrecer un testimonio preciso o creíble y Marta, Margherita y Cristina dudaban en constatarlo. No se acordaban. O tal vez tuvieran demasiado miedo de las consecuencias que tendrían que afrontar.

En la última semana de octubre de 1998, **tres de los siete niños separados de sus familias hicieron revelaciones que marcaron un punto de inflexión crucial para la Fiscalía.** El primero en armarse de valor fue Dario, quien tras los abusos intrafamiliares y los del cementerio contó un detalle que los dejó a todos atónitos: una noche, durante un ritual en el que había participado cuando tenía apenas seis años, **había cometido un asesinato.** [...] Los investigadores sintieron que **habían encontrado el fondo de aquel pozo negro** por el que el pequeño los había guiado durante meses con sus relatos. Ese era el **objetivo final de la secta: matar.**

**La policía no había encontrado nada sobre la familia Covezzi-Morselli. No tenían antecedentes.** Al igual que Giuliano, sus hermanos y su padre Enzo. Pero Cristina había sido muy clara al mencionar los nombres de sus primos. Ellos también estaban en los cementerios, punto final. Los servicios y agentes sociales recopilaron la mayor cantidad de información posible. Profesión, trabajo y domicilio. La redada estaba prevista para las primeras luces del alba del jueves 12 de noviembre.

## TERCERA PARTE. UN EJÉRCITO DE FANTASMAS

[...] En cualquier caso, no dejaba de resultar extraño que nadie en el pueblo se hubiera percatado de lo que estaba sucediendo aquí. Bellentani es una edificación imponente, en comparación con las otras casas de Massa, a pocos metros de una carretera por la que pasan coches y camiones a todas horas. **Cualquiera que entrara habría tenido que iluminar las salas con varias linternas, cuyas luces disparadas contra las paredes y los cristales en las noches oscuras de la Bassa habrían tenido que notarse incluso a cierta distancia.** Además, las instalaciones están rodeadas de viviendas, en su mayoría chalés, todas ellas en un radio de unas pocas decenas de metros. Y, sin embargo, **ninguna de las personas interpeladas por la policía había visto nada raro.**

Cerca del cementerio la acera se estrecha y el grupo de adoradores del diablo se habría visto obligado a formar una larga columna. **Parecía extremadamente improbable que decenas de personas encapuchadas con niños a cuestas pudieran llegar aquí sin ser notadas** por alma viviente. Y, además, suponiendo que un grupo numeroso de niños exhaustos por el sueño hubiera logrado trepar por encima de las dos verjas de acceso para hacer luego todas esas cosas — desenterrar ataúdes, violencia de grupo, rituales, sacrificios—, de noche en los cementerios **se hace necesaria alguna forma de iluminación.** Algo que, durante muchos meses, ninguno de los cuatro mil habitantes de Massa denunció jamás a la policía de Mirandola o a los carabinieri de Finale. **¿Y qué decir de los ruidos? Gritos, llantos, chillidos de dolor y miedo durante los asesinatos. ¿Nadie había oído nunca nada en medio de la noche?**

Al igual que el cementerio de Massa, también el de Finale se halla en dirección a la campiña y no lejos del río Panaro. Pero la zona está en todo caso repleta de viviendas. **Incluso desde el patio interior del cementerio podía verse claramente un edificio** rosado, cuyas ventanas daban a la explanada de lápidas. La propietaria del apartamento se llama Federica. Cuando llamamos a su timbre, estaba tejiendo un suéter para su nieta de pocos años. Federica nos dejó entrar. La ventana que daba al cementerio era la de una pequeña habitación del primer piso con una cama individual, junto a un gran armario empotrado. Cualquier luz o ruido que viniera del patio interior se percibiría con toda claridad. **Pero la mujer, que vivía en esa casa desde antes de que estallara el caso de pedofilia, no solo no se había percatado nunca de nada, sino que ni siquiera había sido interrogada por la policía.** —Esta es la primera vez que alguien me pregunta algo — nos respondió perpleja—. ¿Están seguros de que los niños se referían a este cementerio en concreto?

El guardián del cementerio, Filippo Neri, cuya casa estaba junto a las tumbas, dijo durante un interrogatorio que nunca había visto nada. Ni siquiera los **grandes montículos de tierra que hubieran debido encontrarse a la mañana siguiente cerca de los agujeros excavados por los seguidores de la secta para desenterrar tumbas** de dos metros de profundidad, o para arrojar en ellas nuevos muertos. Nada en absoluto. **Como si quienes entraban de noche a cavar, remover la tierra y sacrificar seres humanos y animales lo dejaran todo exactamente como estaba antes de llegar.** Un ejército de fantasmas.

**Las largas y costosas investigaciones en todo el territorio y los registros domiciliarios de los sospechosos habían reunido muy pocos elementos,** ninguno de los cuales parecía lo suficientemente relevante para los fines de la investigación. Unas cuantas revistas o cintas pornográficas, unos botines con tacón, una vieja Polaroid, algún objeto de uso doméstico, pero **en ningún caso armas o rastros de sangre, ni fotos o vídeos de pornografía infantil o snuff movies** en cementerios.

Aunque, por un lado, **yo seguía muy perplejo por la dinámica real de los hechos descritos, por el otro no podía entender por qué absurdo motivo habían dicho ellos también cosas tan graves sobre sus padres.** Veronica tenía **doce años.** Ya no era una niña, sino una preadolescente. Es decir, mucho más madura y **más consciente del mundo que la rodeaba que un niño de siete años como Dario o una niña de ocho años como Marta.** ¿Por qué razón mentiría, expresando acusaciones tan feroces contra aquellos a quienes en teoría debería haber amado más que a cualquier otra persona en el mundo? Era incapaz de explicármelo.

**Sentí miedo. Miedo de las pequeñas cosas, de los pequeños gestos cotidianos. Miedo de que mis hijos me vieran deambulando desnudo por la casa después de una ducha y luego pudieran decir o dibujar en el jardín de infancia algo que alguien pudiera malinterpretar.** Miedo de que incluso un simple gesto como lavarlos pudiera volverse contra mí algún día si alguien les preguntara: «¿Tus padres te han tocado alguna vez?». Pero no podía ser tan simple. Tenía que haber necesariamente algo más entre esas familias de Massa y Mirandola que yo no podía saber. Algo debía de haber sucedido en su seno. ¿Cuánta verdad había en esos cientos de páginas que estudiaba día y noche sin poder despejar la niebla que parecía envolver cada línea?

Los niños, que habían sido alejados de sus familias hacía menos de un año y medio, no parecían dispuestos a volver a verlas. Todo lo contrario. Ya en octubre de 1998, cuando solo llevaba tres meses viviendo con su familia de acogida, **Cristina, la principal acusadora, había**

**escrito una carta en dos hojas a los jueces del tribunal.** La localicé entre los cientos de páginas de documentos y actas del juicio que había encontrado en los archivos del difunto padre Ettore Rovatti. Desde el dormitorio de la nueva casa donde ahora vivía, la pequeña parecía querer descargar su ira y reclamar su derecho a ser escuchada y creída.

Al principio, los investigadores estaban convencidos de que — no habiendo encontrado casi nada entre los informes de desapariciones que se produjeron en esos años— **las víctimas del sacrificio debían provenir a la fuerza de fuera.** Probablemente de Europa del Este. De hecho, Dario había dicho que había matado y visto quemarse en la estufa a un niño albanés. En ese momento acababa de terminar la **guerra de Kosovo**, que había provocado una hemorragia de refugiados hacia Albania y Europa Occidental.

En el juicio — en el que una vez más **la doctora Donati era uno de los testigos clave**— se alternaron los asesores técnicos del tribunal, de la acusación y de la defensa, que daban muchas veces **interpretaciones muy diferentes entre sí.** Los abogados y psicólogos de los acusados habían cuestionado el método de trabajo de los operadores de Mirandola, hablando de **contagio, de condicionamiento, de declaraciones en red, de entrevistas claramente sugestionadoras,** destinadas simplemente a hacer que los niños confirmaran la tesis acusatoria preestablecida y carente de fundamento de la que se habían convencido unas profesionales que, según su propia admisión, **no tenían experiencia previa en casos como aquellos. Para los jueces, en cambio, los niños eran creíbles.** Y ya está. No solo lo sostenía Donati, sino también los peritos que habían venido de Turín que no tenían nada que ver con ella.

[...] Entre ellos se contaba también Antonio Fornari, una eminencia de la medicina forense en Pavía que a lo largo de su carrera se había ocupado de casos muy famosos. Después de analizar el trabajo y las metodologías adoptadas por la doctora Maggioni, Fornari comentó: «No estoy en absoluto de acuerdo... **No veo absolutamente nada que pueda señalar, con certeza, que los niños examinados hayan sido objeto de violencia sexual...**».

**El Tribunal de Apelación anuló parcialmente la sentencia del Tribunal de Módena, retirando todos los cargos de abusos en los cementerios por falta de pruebas.** Además de Rita, también fueron absueltos Santo Giacco y otros dos padres involucrados, mientras que se confirmaron las sentencias — solo por abuso intrafamiliar— para Enzo, Emidio, Giuliano, Monica y Giuseppe Morselli. El Tribunal Supremo validó en 2002 la sentencia del Tribunal de Apelación. A los ojos de la opinión pública, parecía cada vez más claro que **algo había fallado** en aquel asunto judicial que había marcado la historia de los Demonios de la Bassa.

En ese mismo año se había iniciado otro proceso, el *Pedófilos-3*, en el que solo estaban imputados Lorena y Delfino, quienes fueron juzgados por separado por las acusaciones de violencia contra sus hijos. [...] En 1999, período en el que sus hijos habían empezado a confirmar las historias de su prima Cristina a Donati y a sus familias de acogida, la ya exmaestra de jardín de infancia había descubierto que estaba **embarazada de un quinto hijo.** [...] Durante meses no le dijo a nadie nada al respecto, escondiendo su pequeño secreto bajo ropas cada vez más holgadas. Sus abogados se lo habían advertido. **Dar a luz en Mirandola no sería una sabia decisión.** Un año antes, el 17 de julio de 1998, Kaempet, la mujer de Federico Scotta, había dado a luz a Stella, su tercera hija. Pero mientras a ella la cosían en el quirófano al terminar la cesárea, los trabajadores sociales se presentaron en el hospital con una orden del Juzgado de Menores e hicieron trasladar a la recién nacida a una

salita inaccesible a sus padres, **antes de llevarla a un hogar de acogida y hacer que se perdiera su rastro.**

Los Covezzi se habían visto obligados a buscar otro abogado, pero sus problemas estaban lejos de terminar. Los niños seguían acusándolos de presiones y amenazas. Dos de ellos le habían dicho a Donati que su madre se les había acercado en ese mismo período a la salida de su nuevo colegio: «¡No lo olvides, no digas nada, de lo contrario te matarán!». De esta manera **Lorena había empezado a llevar un diario detallado de todos sus desplazamientos, anotando cotidianamente los nombres de las personas que encontraba en Francia y que podían atestiguar haberla visto**, además de guardar los recibos de comidas y facturas, de los peajes de las autopistas y de los restaurantes de carretera, así como los recibos de las llamadas telefónicas de su casa.

**Después de una condena de doce años en primer grado, ella y Delfino fueron absueltos**, pero el Tribunal Supremo hizo repetir el juicio de apelación, en el que se les declaró nuevamente inocentes. Sin embargo, Delfino murió de un infarto en 2013, antes de asistir a la última sentencia al año siguiente. Interpelado por segunda vez, el Tribunal Supremo expresó **bastantes dudas y perplejidades** sobre la labor de los psicólogos de Mirandola y los asesores técnicos de Turín. Los relatos de los menores se consideraron «**carentes de toda verificación** y recibidos acriticamente» por las profesionales. A esas mismas psicólogas, cuya pericia había apreciado el Tribunal de Módena años antes en los procesos *Pedófilos-1* y *Pedófilos-2*, se las definía ahora como «profesionales jóvenes carentes de experiencia específica», tanto como para inducir a los jueces a escribir lo difícil de creer que les resultaba que se les hubiera confiado una historia tan delicada y compleja.

**Se mirara por donde se mirara, esta historia resultaba increíblemente grotesca. Los acusados habían sido condenados o absueltos sobre la base de las mismas pruebas.**

¿Era posible que los **informes médicos de la doctora Maggioni**, por ejemplo, uno de los dos grandes pilares sobre los que la Fiscalía había levantado su planteamiento acusatorio, estuvieran realmente *todos errados*? [...] Pues **puede que sí**. La chispa de la sospecha acabaría por prenderse precisamente en la ciudad en la que trabajaba esa doctora: Milán. En el mismo período en que se celebraron en Módena los juicios que la tenían entre los protagonistas como asesora del ministerio fiscal, **la ginecóloga se vio envuelta en una feroz polémica por otro caso de abusos**, esta vez en el tribunal de la capital lombarda. Un caso mucho menos conocido que el de la zona de la Bassa de Módena, que sin embargo arruinó su carrera y, por encima de todo, minó su credibilidad [...].

Pero si a estas alturas ya tenía una idea más que clara de la **enorme chapuza judicial** que había nacido a raíz de este asunto — y de la solidez de las pruebas médicas que habían condenado indiferentemente a unos y absuelto a otros—, había sin embargo un **enorme e incomprensible misterio que seguía cerniéndose sobre esta historia: los relatos de los niños**. No entendía su origen. **No comprendía cómo niños tan pequeños habían llegado a verbalizar todos esos horrores**. No cabía duda de que había en ellos elementos de fantasía. Pero la duda seguía presente. ¿Y si hubiera sucedido *algo* en su casa de todos modos? La respuesta había que buscarla lejos de Mirandola y Massa Finalese. En otro continente. En otra época.

**La historia antigua, moderna y contemporánea en cualquier latitud está salpicada de fenómenos de caza de brujas** como el que ocurrió en Salem a finales del siglo XVII. Los judíos

en Europa fueron una de las comunidades más afectadas por la acusación de rituales que implicaban sacrificios violentos de los que eran víctimas especialmente niños cristianos, cuya sangre — según creencias populares transmitidas durante generaciones— les servía para preparar los tradicionales panes ácimos. [...] La idea, o más bien el temor de que en toda comunidad existan individuos o **grupos de personas con una doble vida, sin escrúpulos, dispuestos a cometer cualquier clase de atrocidades en nombre del Mal Absoluto ha cruzado épocas y océanos**, generando psicosis de masas que muchas veces tienen una matriz común.

Todas estas historias parecían compartir el mismo guion. Y también la misma génesis: **una madre angustiada por un cambio repentino en el estado de ánimo de su hijo que, tras convencerse de que ha sufrido abusos, acude a un psicólogo**. Una dinámica increíblemente similar a lo que sucedió en la Bassa en 1997, cuando la señora Tonini, la madre de acogida de Dario, notó que el niño estaba cansado, se distraía más a menudo y tropezaba algunas veces más de lo habitual. ¿Algo le preocupaba? ¿Qué era?

[...] «Una madre me contó que después de que su hijo fuera reconocido como víctima, se sintió un poco mejor», escribió Lanning, para quien **la mujer prefería creer que su hijo vivía en una comunidad controlada por satanistas en lugar de aceptar la idea de que fuera un mentiroso patológico**.

«**Identificar al malo te confiere tranquilidad** — me explica Giuliana Mazzoni, profesora de psicología de fama internacional y estudiosa de los fenómenos de psicosis masiva—. Te devuelve la posibilidad de vivir contigo mismo y no tener que decir “es culpa mía”.»

## CUARTA PARTE. UNA NOCHE QUE DURA YA VEINTE AÑOS

**Encontrar al niño cero. Encontrar a Dario. Fue el primer objetivo que Alessia y yo nos propusimos nada más empezar a indagar en esta historia.** Todo había empezado con él. Y, sin embargo, entre esos papeles, no habíamos encontrado más que poquísimas frases suyas transcritas durante una entrevista ante el juez de instrucción. El resto de sus declaraciones estaban en boca de Valeria Donati y la madre de acogida en las actas y en los testimonios prestados en el juicio. Aquel niño parecía un fantasma. **Un holograma sin voz, sin su propia versión de los hechos. No había por ningún lado una historia auténtica contada en primera persona por él, sin filtros y exhaustiva.** [...] Pero la idea de seguir su rastro me situaba al mismo tiempo frente a un arduo dilema ético. ¿Qué derecho tenía yo, que no era nadie para él y que nada tenía que ver con esta historia, de llamar a su puerta y hacerle revivir aquel drama?

De vez en cuando era Igor quien lo lavaba cuando hacía falta. Y esas, dijo, fueron las únicas veces que lo había *tocado*. Nada más. Entonces ¿a qué se refería Dario cuando hablaba de las «bromas bajo las sábanas» que le hacía a Barbara? —**Me eché la culpa de algo que nunca había hecho. De tocar la pierna de mi hermana. —¿Y por qué lo hiciste? —Porque tenía miedo. Y para no pasar mucho tiempo en la cárcel.** Cuando me detuvieron, leí en el papel donde toman las huellas dactilares la razón, y leí esa palabra tan rara... pero yo no sabía qué significaba esa palabra tan rara, la palabra *pedofilia*.

**Lo que todos estos profesionales parecían excluir a priori era la posibilidad de que las historias de los niños alejados de sus padres hubieran sido *contaminadas* de alguna**

**manera.** Y que en su memoria se hubiese implantado la semilla de una especie alienígena extremadamente agresiva, germinada y crecida a lo largo de meses y años hasta fagocitar su experiencia real, reemplazándola por algo parcial o totalmente artificial: un fenómeno estudiado desde hace tiempo en el resto del mundo, pero todavía muy subestimado, especialmente por los psicólogos que no tenían pleno conocimiento de las investigaciones sobre las funciones mnemotécnicas del cerebro. Se trata de los llamados *falsos recuerdos*. En 1996, la revista estadounidense *Psychology Today* publicó una larga entrevista con una profesora universitaria, quien declaró: «Los testigos que señalan con el dedo a un acusado inocente no son unos mentirosos, porque realmente creen en la veracidad de su propio testimonio... **Ese es el aspecto más aterrador: la terrible idea de que lo que pensamos saber, aquello en lo que creemos con todo nuestro corazón, no es necesariamente la verdad**».

En 1996, cuando la conciencia de la amenaza que representaba el fenómeno de los abusos sexuales contra los menores estaba alcanzando su apogeo, y la palabra *pedofilia* se hacía cada vez un hueco mayor en los titulares de las páginas nacionales de sucesos, un grupo de profesionales encabezado por el profesor y abogado Guglielmo Gulotta redactó la **Carta de Noto**, un documento que contenía las **pautas principales para examinar a los menores en casos de abuso y que solo más tarde se convertiría en una piedra angular en el campo de la psicología jurídica**. En uno de los puntos fundamentales de la carta, los firmantes aconsejaban a los expertos «**evitar, en particular, el uso de preguntas sugestionadoras o implicatorias que den por sentada la existencia del hecho que es objeto de la investigación**».

Me vi sentado en el sofá, con las manos en las mejillas, los ojos de par en par, el corazón palpitante. Incrédulo. **Ahí estaban, los niños. Meses y meses dedicados a leer sus historias. Y ahora los tenía todos ahí, en esa caja que parecía una máquina del tiempo.** Con sus ojos. Su postura. Sus gestos. Sus expresiones faciales. Sus vacilaciones. Sus voces. **Saqué todas las cintas de vídeo** y empecé a apilarlas sobre la mesa de comedor de madera en el salón de la casa de Silvio. Las conté: **cincuenta y seis, filmadas a lo largo de unos cuatro años. El equivalente a ochenta horas por lo menos de charlas que los niños**, después de los distintos encuentros con Donati — que nunca fueron grabados en vídeo— habían mantenido con los psicólogos que auxiliaban a la Fiscalía y a los jueces. Había sido uno de los abogados defensores el que se las había dejado a Oddina, quien probablemente las había visto una por una.

Había algo que no me cuadraba. **La impresión clara que tuve fue que los adultos no estaban allí para escucharlo abiertamente**, para entender si le había pasado algo y qué era, sino para **hacerlo hablar**, para que repitiera las mismas cosas que había contado durante los meses anteriores en casa de la madre de acogida y en el despacho de Donati. Todo me parecía enormemente **forzado**. Al final del coloquio, el niño había formulado acusaciones extremadamente segmentadas, que puestas por escrito no habrían llenado ni una página. Y, sobre todo, que **no constituían un discurso con una lógica, con un principio y un final**.

—La verdad, sinceramente ya no estoy seguro de lo que pasó o no pasó... Además, **muchos psicólogos intentan hacerte decir lo que ellos quieren, entendéis, por dinero; así que ya ni estoy seguro... Algunos recuerdos están ahí, pero no sé si son reales o no..., es decir, de un niño sacas lo que quieras...**

El *niño cero* de esta historia, la voz que había desencadenado el huracán, había empezado a cambiar de opinión desde hacía algunos años y a dudar de lo que había dicho. Era lo

último que esperábamos escuchar. Dario parecía haber reelaborado ya su experiencia, contemplando el pasado con los ojos de un adulto.

**Los primeros en darle la noticia de que esos crímenes solo estaban en su cabeza fuimos Alessia y yo.** Las psicólogas que habían seguido su caso, sobre todo Valeria Donati, nunca se habían molestado en informarlo del resultado de las investigaciones. Por primera vez en el curso de nuestra conversación, aquel chico rubio con gafas y gorro de lana en la cabeza parecía sentirse aliviado. Tal vez podría aspirar ahora a **liberarse de ese terrible sentimiento de culpa que había destruido su infancia y adolescencia.** Tal vez no fuera un asesino.

Como en el caso de su primer relato sobre los rituales en el cementerio. Todo nació del hecho de que un día Dario le contó a Donati que había asistido a un funeral, que había visto a una mujer cargando un ataúd y que había quedado impresionado. Tiempo después, revelando sus angustias, habló de su miedo a arder en el infierno. **La psicóloga había vuelto a crear un puente entre las dos palabras clave: funeral e infierno.** «Le pregunté si aquello (el infierno) tenía vínculos con una vieja historia que me contó, según la cual Dario había sido acompañado a un funeral, en el que había visto a una mujer cargando con un ataúd y se había asustado mucho. Dario respondió: “Tienes toda la razón. Y así nació la hipótesis de los ritos satánicos. No del relato espontáneo de un niño, sino de un enlace arbitrario que se le presentó listo y empaquetado, imbuido de una narración predeterminada, para ser simplemente aprobado. *Tienes toda la razón.*»

[...] *Prepararla para un posible testimonio.* Es decir, **el momento en el que los niños iban a ver a las psicólogas asesoras del juez que recogerían sus declaraciones** durante las investigaciones preliminares. ¿Para qué tenía que *preparar* exactamente Donati a los niños? ¿Para un guion que habían de representar? Porque esa era la impresión que daba. Sobre todo, tras ver el vídeo del interrogatorio de uno de los hijos de Lorena, que al final de su enloquecido relato de múltiples asesinatos rituales le preguntó a la asesora del juez, Cristina Rocca: **«¿Lo he dicho todo bien?»**. Como si pretendiera una confirmación de haber acertado con su exposición de los hechos.

Más de una vez, mientras escuchaba esas conversaciones con mis auriculares en la cocina de mi casa, estuve a punto de atragantarme con el café. **Era como si esos vídeos vinieran de una dimensión paralela en la que la razón y el sentido común parecían conceptos extraños:** «No hay duda de que alguien te hizo daño en el culito o la rajita. Está claro, porque el médico (Maggioni) te lo ha dicho. ¿Tienes ganas de hablar de este dolor del culito y de la rajita que alguien está claro que te hizo? Toma otra hoja y trata de dibujarme lo que te pasó en la rajita».

Giovanna se convencería más tarde de que las declaraciones que hizo a psicólogas y jueces esa niña caían dentro del género de las llamadas **«denuncias en red»**, es decir, la consecuencia de un contagio grupal. «Una peculiaridad de las denuncias en red es el **elevado número de entrevistas a las que se somete a los niños con el fin de obtener más información.**»

El enfrentamiento entre los psicólogos forenses a favor de la Carta de Noto y los del CISMAI por el reconocimiento oficial del método que ha de adoptarse al escuchar a los menores sigue aún vigente, por más que el tiempo, la experiencia y los casos posteriores a los de la Bassa — las psicosis que afectaron a los jardines de infancia Abba y Sorelli en Brescia y al



jardín de infancia Rignano Flaminio— han contribuido a crear, incluso en el ámbito judicial, una **mayor conciencia del riesgo que presentan los métodos de interrogatorio que no respetan parámetros de total neutralidad e imparcialidad**. «Por eso, hoy en día, cada vez más peritos se niegan a responder cuando los jueces les preguntan si ha habido abusos o no» [...].

**Por cada niño, el centro de Donati recibía entre 1.032 y 1.400 euros al mes en función de la gravedad de su situación.** En unos diez años, el CAB ha recibido la suma de 2.209.400 euros de fondos públicos. Y ello a pesar de un evidente y peligroso conflicto de intereses. Porque si las psicólogas hubieran trabajado para acercar de nuevo a los niños a sus familias naturales, el CAB probablemente habría perdido su financiación.

Sin embargo, tras años de estudio, Alessia y yo hemos llegado a una conclusión: **una vez embarcados en la tesis de la culpabilidad, volver sobre los propios pasos y admitir** hasta el más mínimo error sobre lo que a partir de una pequeña y sórdida historia de supuesta pedofilia se había agigantado hasta llegar a convertirse en una fiera indomeñable que lo devoraba todo y a todos, hubiera sido muy difícil. En medio había familias destruidas y niños traumatizados. Y lo más importante, cinco muertos.

—¿Cómo se explica, señor Burgoni, que todos los niños que pasaron por su servicio social contaran esas cosas tan extrañas? Burgoni abrió los brazos. —Es una pregunta que me he planteado muchas veces, y a la que nunca he podido dar una respuesta.

No acababa de entenderlo. Traté de apremiarlo. —**¿De verdad cree usted que hubo esos rituales en los cementerios? ¿Cree que se produjeron? Burgoni negó con la cabeza. —No lo sé... Es que no sé... No tengo ni idea, la verdad...**

Me sentí desconcertado. Ese hombre había confiado a una psicóloga joven e inexperta un caso que requería conocimientos específicos y gran profesionalidad. Había respaldado su trabajo. Había estado presente en la mayoría de los alejamientos familiares. Había leído a unos padres en lágrimas los decretos por los que se les suspendía la patria potestad, dado que eran sospechosos de haber llevado a sus hijos a los cementerios, sin que estos hubieran dicho jamás una palabra contra su padre y su madre. ¿Y ahora ya no sabía si creer en esas historias o no?

—Sois las primeras personas con las que hablo de esto desde entonces — nos dijo cuando nos sentamos en el coche—. Ni siquiera mi novio conoce mi pasado. —¿Ni tampoco tus amigas? — le preguntó Alessia. —En absoluto. Ninguna lo sabe. Hay muchas cosas de esa época que he olvidado. Pero... **tengo la certeza al cien por cien de que me lo inventé todo.** Toda la historia que les conté a los trabajadores sociales, a los psicólogos... a los jueces... estoy segura de que esas cosas nunca me pasaron a mí. **Así que creo que alguien puso esas palabras en mi boca... que definitivamente no salieron de mí.**

Al alcanzar los treinta años, **Sonia había cobrado conciencia de haber vivido en carne propia lo que constituía un secuestro en toda regla. El rencor hacia esas psicólogas, que había permanecido latente durante tanto tiempo, estalló entonces como un incendio.** — Yo recuerdo todo lo que me pasó... todo. Quiero ver a estas personas fuera de ese entorno. No deben volver a tener trato con niños. Eso es lo que pido. No me importa nada más... ni las disculpas, ni el dinero... nada, me importa una mierda... lo hago por los niños de hoy, para que nadie tenga que sufrir lo que yo he sufrido.

# *Ariel*

**Para ampliar información, contactar con:**

**Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área Ensayo):**  
**689 771 980 / [easpas@planeta.es](mailto:easpas@planeta.es)**